

VOCES DE RESISTENCIA

Muestra del taller de econarrativa del MOCICC







VOCES DE RESISTENCIA

Muestra del taller de econarrativa del MOCICC

VOCES DE RESISTENCIA

Muestra del taller de econarrativa del MOCICC



VOCES DE RESISTENCIA

Muestra del taller de econarrativa del MOCICC

Autores: Mario Reyes Changa, Layde Medrano Gutiérrez, Milagros Quispe Vila, Claudia Daga Salazar, César Sánchez Narváez, Andrea Angles Arenas, Carmela Gamarra Zegarra, Gloria Alvitres Aliaga, Martín Córdova Bran

Introducción: Rodrigo Revilla Calle

Publicación realizada por:
Movimiento Ciudadano frente al Cambio Climático (MOCICC)
Jr. Coronel Zegarra 426, Jesús María. Lima-Perú
www.mocicc.org

Cuidado de la edición: Rodrigo Revilla Calle
Concepto gráfico y diagramación: Sofía Lazarte Dodero
Ilustraciones de cubierta e interiores: Deborah Torres Yllanes

Primera edición – noviembre de 2023
Tiraje: 500 ejemplares

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2023-11119

Impreso por:
Editorial Apogeo E.I.R.L.
Av. Javier Prado Este 4921 – La Molina, Lima
954165746
Noviembre 2023

Este libro se realizó gracias al apoyo financiero de MISEREOR y el acompañamiento de la editorial Búho Eléctrico.

Esta es una publicación de distribución gratuita. Queda prohibida su comercialización.

Los comuneros de don Sak'sa se asustaron, movieron sus cabezas,
se acomodaron para correr ahí mismo;
los tinkis más bien pararon firmes.
—¡Don Braulio, k'ocha agua es para necesitados!
—¡No hay dueño para agua! —gritó Pantacha.
—¡Comunkuna es primero! —habló don Wallpa.

José María Arguedas, *Agua*

Oh, oso, ¿qué pasa ahora?
¿Y resistirá aún
la tierra? ¿Y cuánto
tiempo más?

Margaret Atwood, *Lamento del oso*

Muchos problemas, muchos parientes con quienes continuar.

Donna Haraway, *Seguir con el problema.*
Generar parentesco en el Chthuluceno

ÍNDICE

Presentación por

Micaela Guillén Ramírez,

Coordinadora Nacional del MOCICC____11

*Introducción por Rodrigo Revilla*____13

Narrativa

¿Dónde estoy? – Mario Reyes____23

El zorro costeño y la gigantesca energía del desierto –

Layde Medrano____27

Cuando se pierde la vergüenza, el orgullo enraíza –

Layde Medrano____33

Alrededor de mí – Milagros Quispe____39

El bosque talado – Claudia Daga____49

Parias del norte – César Sánchez____53

Yaku libre – Andrea Angles____63

Poesía

Plumas en el aire – Carmela Gamarra____75

Poemas – Martín Córdova____79

Ruta a la ciudad – Gloria Alvitres____85

PRESENTACIÓN

Desde el Movimiento Ciudadano Frente al Cambio Climático (MOCICC) nos emociona presentar esta primera publicación literaria titulada *Voces de resistencia*. Esta obra explora a la literatura como una forma de protesta y resistencia frente a la depredación y corrupción de nuestra Madre Tierra y el latente peligro de extinción. El arte es la manifestación que surge desde las entrañas, desde la vulnerabilidad y los sentimientos más intensos que nos produce nuestro ser y estar en el mundo, uno que nos provoca una ambivalencia de emociones, ansiedad y terror por lo incierto que los gobiernos hacen de nuestro futuro, pero también está lleno de esperanza y unidad por la fuerza y lucha inquebrantable de nuestros pueblos en la defensa del planeta.

Las historias narrativas y los poemas aquí recopilados son parte de un proceso de formación, reflexión y debate acompañado por el equipo técnico del MOCICC dentro del Programa de activistas. Desde esta nueva apuesta queremos dar un espacio artístico a las y los jóvenes activistas para canalizar los sentires y luchas por un mundo más justo y solidario.

Estamos seguros y seguras que esta obra contribuye a la consolidación de la literatura ambiental y de protesta en el Perú. *Voces de resistencia* es un hito histórico para el MOCICC y sus autores ya son parte importante de la historia del movimiento climático.

Micaela Guillén Ramírez
Coordinadora Nacional
MOCICC

INTRODUCCIÓN

Defensa e imaginación colectiva en partes por millón: escribir ecoliteratura como forma de activismo ambiental

Rodrigo Revilla (editor)

El activismo ambiental permite repensar el futuro. Posibilidades de una o varias reconciliaciones con la Naturaleza frente al desastre de la era geológica en la que nos hallamos, el Antropoceno. Digamos, cada vez hace más calor, las sequías son más frecuentes, el nivel del océano aumenta, se pierde biodiversidad de flora y fauna, por mencionar sólo algunos desastres. En el reciente informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático (IPCC por sus siglas en inglés) se advierte que, de no reducir de inmediato las emisiones de gases de efecto invernadero, se superará la temperatura límite de calentamiento global, los temidos y repudiados 1.5 °C respecto de los niveles preindustriales. A partir de ahí, las consecuencias serán catastróficas. Digamos, una vez más, que la evidencia científica está por doquier, a la mano y, aun así, se cree que es un problema del mañana, y surge y pulula el negacionismo como un cruel antagonista de lo que nos toca vivir. Desafortunadamente, la palabra de los científicos, asesores, profesionales del tema climático no llega a resonar con fuerza.

Los “cambios transformadores” para paliar el desastre no es suficiente como para sensibilizar a las audiencias sobre la vulnerabilidad del mundo, de la cual somos parte como causa y consecuencia. Seguimos preguntándonos por qué la mayor convención anual sobre cambio climático, la Conferencia de las Partes (COP), ocasiona aún grandes desilusiones. Porque, a lo mejor, siguen atrasando nuestras opciones de supervivencia con promesas, planes edulcorados con las agendas de acción supuestamente concretas. Hablamos de geopolítica, derechos humanos y combustibles fósiles, aunque, si pudiera categorizar la COP, diría que es una fábrica de producción ecodistópica. Para colmo de

males, si en 2022 se tuvo como patrocinador a *Coca Cola*, la COP28 en 2023, que se llevará a cabo en Dubái, tendrá como presidente al jefe de una petrolera estatal de los Emiratos Árabes. ¿La agenda? Un balance general del progreso hacia las metas establecidas en el Acuerdo de París, la revisión del proceso en el acuerdo de pérdidas y daños, la financiación climática, la reducción de niveles de carbono y, lo principal, el camino hacia la transición energética. ¿Nos preparamos para un nuevo fracaso?

En el primer capítulo de la serie de ficción *Extrapolaciones* (2023) se abordan algunos incidentes durante una COP en Tel-Aviv, en 2037. Los activistas han tomado los exteriores de las instalaciones de la conferencia. Pancartas, mensajes holográficos, canales en los que la decepción, la rabia y la frustración se manifiestan como parte de la evolución, diversificación y masificación de los movimientos ecosociales frente a las empresas extractivistas, multimillonarios y políticos intransigentes. Esta serie propone a un magnate, de nombre Nick Bilton, quien determina que el potencial desenlace a la crisis climática y ecológica es el capitalismo. Nada más que falsas soluciones.

Lo que es completamente cierto en medio de cumbres políticas, variaciones en el clima y un paisaje cada vez más incierto es que estamos en plena guerra contra la Naturaleza o, lo que es peor, estamos en todos los intentos (muchos de ellos fructíferos) de controlarla. Y las respuestas a ello no se dejan esperar. Los objetivos, tonos y victorias del activismo ambiental se manifiestan en las estrategias de comunicación sobre la urgencia de actuar, así como la presión a los líderes políticos para cumplir las metas de reducción de emisiones y la formación de políticas de decrecimiento sostenible. Muchos —ellos— prefieren que se mantenga el status quo de una relación vertical con la Naturaleza a costa del continuum del desarrollo industrial, lo cual no quebraría sus intereses económicos. El planeta se ahoga con los distintos signos del colapso; frente a ello, el activismo toma otros caminos, alternativas.

En Portugal, dos integrantes del colectivo Climáximo mancharon con pintura roja los vidrios que protegen un cuadro de Pablo Picasso; tras eso, se sentaron en el suelo y pegaron sus manos en la pared. El comunicado: *No hay arte en un planeta muerto*. En Madrid, activistas de Futuro Vegetal pegaron sus manos a los marcos de dos cuadros de

Francisco de Goya y entre el espacio que los separa escribieron +1.5 °C. Por su lado, Just Stop Oil también sonó la alarma con una acción parecida: echaron salsa de tomate a cuadros de Vincent Van Gogh. Sobresale cierta condena al elitismo del arte (no los cuadros, claro, sino las personas que van a contemplarlos), en tanto pasividad y nula respuesta a la emergencia del planeta, aunque intuyo que lo hacen con un propósito, un glorioso propósito que tenemos que descifrar.

Pero no es el arte o en todo caso la trasgresión física al arte material lo que debería preocuparnos, sino el mensaje que conlleva, con un eco que quizás viene matizado de desconfianza, ira, preocupación y hartazgo, y que lleva a movilizar las campañas con actitudes más confrontacionales, como el bloqueo de carreteras, ocupación de edificios de Estados y corporaciones, etc., pese al riesgo de que puedan encarcelarlos o iniciar procesos penales contra ellos. Futuro Vegetal, Just Stop Oil, Fridays for Future, Extinction Rebellion y Scientist Rebellion son partícipes de una larga, memorable, interesante y curiosa serie de hechos de desobediencia civil que distinguen la transformación de las emociones de la ciudadanía. No existe otra manera. En Perú, integrantes de la comunidad científica también se suscribieron al movimiento de la rebelión de la academia para presionar a las autoridades a tomar medidas urgentes frente a los impactos cada vez más tangibles de la crisis, como el derretimiento de los glaciares, el estrés hídrico que arruina los cultivos o un Fenómeno El Niño más agresivo. La verdad cae por su peso, y no es agradable escucharla ni leerla, pese a que se conoce sólo por partes, pero en un planeta más caliente como el que estamos debe proponerse una nueva meta muy por debajo de los 2 °C.

A pesar de las prevenciones del IPCC, los líderes mundiales siguen enlazándose con empresas de combustibles fósiles, consienten la explotación de recursos y hacen de ojos ciegos y oídos sordos a los gritos de la biodiversidad afectada. Las heridas de la Tierra se reflejan en las protestas, en las que ya no se temen a las repercusiones judiciales, puesto que se prefiere detonar la alarma de una crisis climática, ecológica y existencial. No obstante, al activismo ambiental se le ha denominado como “terrorismo”, por lo que sólo queda pensar y construir un mundo en el que se suprima la desinformación, la negación y la injusticia ante

lo evidente. Dentro de esa fórmula para imaginar escenarios, la literatura también produce reverberaciones que alcanzan nuestras mentes, porque por medio de los relatos podemos sobrevivir, y cito a Irene Vallejo: “Las palabras son hechizos cargados de futuro” (Vallejo, 2020, p. 18).

Este giro de la literatura, es decir, el modo o los modos en los ha abordado las cuestiones ambientales, climáticas y ecológicas provienen de tiempos de antaño. Como seres de historias, nos hemos acostumbrado a atribuir signos y significados a todo lo que nos rodea. Desde fenómenos naturales, desastres y apocalipsis a gran escala, vemos que el vínculo del humano con el mundo ha pasado por diversas interpretaciones. Castigos divinos, causas naturales terrestres, desarrollo científico-tecnológica, la imaginación literaria ha sido y es capaz de seguir reformando las representaciones de la Naturaleza y el clima para reflejar las dinámicas de la realidad. Actualmente, solemos asociar la literatura de ficción sobre cambio climático a la ciencia ficción, y es cierto en la medida que dicho género permite explorar la dominación humana sobre el entorno natural y los impactos de esa jerarquía de explotación, y nos muestra, desde luego, extrapolaciones sobre el fin del mundo. No obstante, las producciones literarias sobre la Naturaleza pueden exponerse desde más géneros y adoptar múltiples visiones, por lo que prefiero denominarlas “literatura orientada a la naturaleza”.

Los discursos literarios sobre la Naturaleza se enfocan en las formas de representación del paisaje y sus elementos. En el espacio natural, según la escritora Luci Romero, el narrador se conectará con el entorno en lo que lo experimenta, y se destaca la trascendencia de la descripción narrativa hacia la autobiografía y las anotaciones filosóficas que “consideran al paisaje como una misma historia de vinculación” (Romero, 2023, p. 12). Afirma que esta “escritura de la naturaleza” o “Laternatura” abarca un sentido de asombro al “experimentar la grandeza del entorno” en tres instancias: fascinación, conmoción y aturdimiento (Romero, 2023, p. 14). Quizás en este inicio podría tratarse de visiones romantizadoras de interacción con el lugar, pero muchas de ellas se convirtieron, poco a poco, en lecturas y escrituras de las preocupaciones medioambientales, y el entendimiento del rol que juega la Naturaleza en las prácticas artísticas culturales, dirigiéndola hacia la exposición de las ansiedades ambientales,

y modos de producción dominantes que destruyen el planeta. Ahora, diremos que la literatura tiene un enfoque ecocrítico, el cual reencaminó los estudios literarios a las representaciones de la tierra y la Naturaleza como categorías de análisis y escritura.

En ese sentido, la ecocrítica es una rama de la crítica literaria que estudia la relación entre literatura, lenguaje y Naturaleza, o para ser más precisos, a partir de un experimento iniciado por William Rueckert, quien acuñó el término, una “aplicación de la ecología y conceptos ecológicos en la literatura”, lo que desarrolla luego como una “poética ecológica” (Rueckert, 1978). Aquello ofrece nuevas instancias de análisis literario, desde la teoría crítica, y creación de textos en varios géneros desde la escritura, lo que denominaremos, por una parte, como “ecoficción”, que según Jim Dyer en su texto *Where the wild books are. A field guide to ecofiction* describe como toda “ficción que trata cuestiones ambientales y de la relación entre la humanidad y el entorno físico, que contrapone cosmologías tradicionales e industriales o en las que la Naturaleza o el territorio tienen un papel destacado” (Dyer, 2010).

En la ecoficción, la Naturaleza se presenta como un personaje y, a la luz de la teoría ecocrítica, vemos al entorno natural no desde una posición antropocéntrica, debido a que deja de ser el decorado, el simple paisaje, en tanto sufre cambios por parte de las consecuencias de las acciones humanas, asuntos que son revelados a partir de las inquietudes por las alteraciones de la biosfera. Dyer sostiene que la ecoficción es un término elástico, ya que puede abarcar varios géneros en los cuales se escribe sobre los lugares naturales y los funcionamientos en determinado ecosistema, o de algún problema ambiental en específico que alude a la realidad en torno a la degradación del mundo producto del cambio climático acelerado o la crisis ecológica, como la ficción climática, el ecohorror, el ecogótico, el ecotriller y demás. La ecoliteratura va mutando. Nos encontramos ante un escenario desconcertante en el que todavía observamos las herencias de las injusticias históricas y, en Latinoamérica, un territorio azotado por la colonización.

Voces de resistencia es una muestra del desarrollo de la ecoliteratura en el territorio latinoamericano, que se inscribe a la genealogía creciente de la ecoficción que en varios países del Sur Global y con nuevas voces

del panorama literario, muchos ahora pertenecientes al activismo, van dando cuenta de los hechos del planeta. Latinoamérica ha sido y sigue siendo lugar de conquista, opresión y fragilidades sociopolíticas; es donde se saquean los recursos naturales para que sean vendidos a los mercados internacionales del llamado “primer mundo”; queda postrada ante la hegemonía del imperialismo del norte y de potencias que destruyen las verdaderas retóricas sobre el vínculo con la Pachamama. Por eso, contar Latinoamérica, desde la ecoficción, es contar historias sobre las luchas contra el sistema patriarcal que somete y violenta a la mujer como a la Madre Naturaleza, lo cual deviene en ecofeminismo; es contar sobre las visiones que determinan el territorio habitado por los pueblos originarios; es recuperar las sabidurías ancestrales que crean el presente y futuro liberado de la colonialidad.

No es gratuito, entonces, que esta muestra lleve en su título la palabra “resistencia”, como la acción de sobreponerse y contestar a la adversidad, que, como demostración artística-literaria, protesta ante las desigualdades ecosociales y la devastación del entorno natural en todos sus aspectos. Aquí se conjugan voces humanas y no humanas que circunscriben la idea de la Naturaleza como “sujeto de derecho”, asociado con la crítica y escritura de la relación interespecie, que aborda, por ejemplo, el respeto a la vida de los animales, pero también instancias oscuras como la violencia animal y el tráfico ilícito.

Este libro está compuesto por cuentos y poemas de activistas integrantes del Movimiento Ciudadano frente al Cambio Climático (MOCICCC), quienes siguieron un taller de escritura creativa enfocado en temas ambientales. La polifonía de resistencias ha desembocado en reflejos de la defensa del territorio e imaginarios que tienden hacia la ecotopía en los cuales, frente a cierto problema, se encuentran una o varias maneras de activismo. Te invito, estimado lector, a sumergirte en las posibilidades de imaginación colectiva, a reescribir la relación con la Naturaleza y mostrar la urgencia de observar y deconstruir las prácticas que nos han traído hasta aquí, en un continente en el que sobresale la manipulación y agresividad hacia el entorno pero que se enfrenta a una contranarrativa en la que surgen voces imprescindibles para la transformación del panorama.

Pensar que el planeta es sólo del ser humano es una lógica que ha ido desvaneciéndose en la creación de ecoliteratura en prosa, poesía y subgéneros adyacentes al gran conjunto de historias sobre la Naturaleza, el mundo y la especulación sobre el futuro multiespecie, verde, vegetal, ecológico y en armonía con el espacio que cohabitamos. Estas *Voces de resistencia*, podemos llamarlas así, son compromisos, actitudes e intervenciones que consiguen abrirnos los ojos, llamarnos la atención y movernos en la lucha por un nuevo mundo. Aquí no hay lugar para la explotación o la contaminación de ecosistemas; aquí se manifiestan chispazos de esperanza, muchos de ellos planteados como decisiones personales o redescubrimientos de nuestro lugar en el mundo, en aras de la preservación y defensa de todo lo vivo.

Estoy seguro que estamos en pleno estallido de un boom ecoliterario, y si regresamos a la frase de Irene Vallejo, que mencioné al principio de este texto, “las palabras son hechizos cargados de futuro”, responderemos a lo que una vez comentó el escritor Amitav Ghosh: “La crisis climática es también una crisis de la imaginación¹”, ya que contamos el futuro con voces activistas literarias que transitan hacia las oportunidades de modificar las convenciones del dualismo humano-naturaleza en constante tensión y, desde la comunidad, trabajar con el lenguaje y los recursos literarios para concientizar, motivar, pensar, criticar, sanar, sobrevivir.

Octubre de 2023

¹ *El gran desorden* de Amitav Ghosh

Referencias bibliográficas:

- Dyer, Jim (2010). *Where the wild books are. A field guide to ecofiction*. University of Nevada Press.
- Romero, Luci (2023). *El arte de contar la naturaleza*. Barlin Libros.
- Ruecker, William. *Literature and ecology: An experiment in ecocriticism*. En *Iowa Review* 9, nº1 (1978): 71-86.
- Vallejo, Irene (2020). *Manifiesto por la lectura*. Siruela.



Narrativa

¿Dónde estoy?

Mario Reyes

Mario Reyes Changa

(Lima, Perú)

Estudió Ingeniería Ambiental porque desde pequeño notó la conexión que tenía con la Naturaleza y estaba involucrado con actividades que le transmitían paz: viajar, conocer el pueblo de los abuelos, manejar bicicleta en un campo donde el único miedo era que anochezca, y observar fascinado a los habitantes de lo silvestre. Disfruta pasar tiempo en familia y amigos; un café y una charla de le hacen saber que todo está bien. Finalmente, mirar una buena película, reflexionar sobre lo que nos espera en el futuro y compartir lo que siente son algunas de las actividades que goza a plenitud.

¿Dónde estoy?

No recuerdas mucho, lo único que sabes con certeza es que no debes estar aquí. Ha pasado tiempo desde aquella vez en la que te dijeron que debías huir de esos seres de dos patas. No tenías miedo, pues siempre te pareció que no tenían aspectos amenazantes. Llegó un día en el que estuviste jugando muy lejos de casa con tus amigos, hasta que esos seres aparecieron y te empezaron a seguir. El miedo recorrió tu cuerpo y no pudiste contener el instinto de sobrevivencia, así que saliste corriendo. ¿Qué estaba pasando? No podías ir tan rápido. Entendías que te gritaban desde lejos: «No te quedes ahí» «Sigue huyendo», y sólo pensabas que te estaban alentando. Lo que pasó es que te capturaron y te trajeron a este lugar, uno muy parecido a tu hogar, pero lo curioso es que ahora ves a muchos de aquellos seres de dos patas en cada rincón: pasan y te miran con cara de ternura, otros se limitan a reírse de ti, aunque no te molesta. Aún no.

En esta condición sólo te queda pensar en lo que ocurrió. Toda tu existencia estuviste en ese lugar lleno de vida y ahora te encuentras aquí. Piensas en tu mamá. ¿Acaso le fallaste? Perdóname por no haberte escuchado, dices, piensas, casi susurras, quisieras que sepa que estás muy arrepentido. Piensas en papá y quisieras que venga a liberarte.

¿No sé qué es lo que tengo que hacer!

¿No seas tan llorón!, uno muy parecido a ti se acerca.

¿Y tú quién eres?, respondes entre sollozos.

Mi nombre es irrelevante, quiero que dejes de llorar, te responde con tono indiferente.

Por favor, ayúdame, quiero salir de aquí, extraño mi hogar y a mis amigos, yo no pertenezco...

¿Y crees que alguno de nosotros sí pertenece aquí? Deja de ser tan patético y acepta tu destino. Tuvimos mala suerte y de acá no se sale.

¡Deja de llorar porque no vas a resolver nada!

Decidiste no continuar con la conversación. Te acostaste en una esquina de la jaula y dormiste, esperando que todo fuera una pesadilla.

...

Han transcurrido varios días desde entonces, quizás meses. Tal y como sabes, la vida es dura, te la has pasado llorando desde que tienes memoria y lo único que has podido conseguir para calmar el hambre que te agobia son las migajas que te arrojan desde afuera. Los de dos patas siguen frecuentando, te apuntan con unos vidrios, salen luces, se cuelan risas. «Sácame una foto», grita uno de ellos por ahí. Otros te observan con lástima.

Te molesta mucho que se acerquen, no quieres que te vean ni que te toquen. Todos son culpables de lo que está ocurriendo.

¡Hacen mucha bulla!

...

Han instalado una nueva jaula, brillante, enorme, más resistente. Dentro ves a un nuevo inquilino. Pelaje arrugado y sucio, ojos rojos, está agitado. «Tiene una cara inocente, le pasó lo mismo que a mí», pensaste.

De todas formas, no era tu problema. Has visto que le dan mucha más comida a él, pero no entiendes por qué. Se la pasa gimoteando y gritando, parece que no sabe con exactitud lo que son estos lugares.

¡No seas tan llorón!, dices, recordando el momento en que tuviste que aceptar tu nueva realidad.

EL ZORRO COSTEÑO Y LA GIGANTESCA ENERGÍA DEL DESIERTO

Layde Medrano

27

26

EL ZORRO COSTEÑO Y LA GIGANTESCA ENERGÍA DEL DESIERTO

Habían pasado unos meses desde que se instaló el más grande parque eólico en el desierto que brindaba trabajo a los pueblos cercanos. Aquello había despertado la codicia de las mafias de tierras, que acortaban la zona para venderla como terreno para futuras viviendas.

Algunos animales, como el zorro costeño, eran desplazados; otros, desaparecidos por traficantes. Ciertos árboles, como el huarango, se mantenían de pie. Sin la ayuda del zorro costeño, dicho árbol correría peligro, porque eran ellos quienes esparcían las semillas cuando comían de sus frutos.

Esta es la historia de un tierno zorro costeño que tuvo la necesidad de buscar alimentos a lo largo de todo el desierto. Caminaba desorientado bajo el arduo sol. Tenía el pelaje casi sin brillo, lo que evidenciaba su estado de ánimo: cansado, triste y con temor. Continuó por un sendero donde sobresalían hélices gigantes en movimiento y, al lado, un campamento humano.

Se sintió extraño. Nunca había estado en una guarida como esa. Se acercó a la basura, esperanzado de por fin saciar su hambre. Sólo halló restos de comida en descomposición y envueltos en plástico. El hambre lo embargaba, así que devoró hasta las cubiertas desechables.

No obstante, dos trabajadores se dieron cuenta del zorro e intentaron atraparlo al creerlo una amenaza. Uno corrió tras el animal, mientras que el otro cerró el ingreso del campamento, dejándolo sin escapatoria. Lo atraparon y encerraron en una caja en la que casi no cabía. El crimen: tratar de sobrevivir en su hábitat arrebatado por el progreso.

**Layde
Medrano
Gutiérrez**

(Apurímac, Perú)

Administradora, profesora de yoga y estudiante de Derecho. Emprendedora cultural e impulsadora de agroecología en ciudades. Durante los últimos años se ha dedicado a su proceso de inspiración personal desde la Naturaleza. En esa búsqueda ha logrado fortalecer su empatía y sensibilidad. Ha trabajado en conciencia ambiental desde las infancias. Es mamá de dos niños amantes de los cuentos. En ese camino literario, seguirá levantando su voz por la Madre Tierra que tanto necesitamos.

...

Los hombres discuten qué hacer con él, uno sugiere que deben venderlo, y el otro, entregarlo al servicio de conservación de animales. A partir de ese momento, el destino del zorro está en manos de la lucha entre los valores y la ambición. Ambos rumbos no serían las mejores opciones, ya que su vida no era la misma desde que había perdido su hogar. Privado de libertad y con las patitas entumecidas, aúlla durante más de una hora, aguardando el auxilio de alguno de los suyos.

...

Los dos captores se retiraron del campamento. Se quedó un vigilante al cuidado durante la noche: un hombre de espíritu joven, corazón noble y gran sensibilidad. Con las primeras luces del día debía retornar a casa, pues tocaba cambio de guardia. Al toparse con el animal recluido, quiso soltarlo, pero entendía que iba pasar lo mismo. Los ojos del zorro mostraban temor y, a la vez, esperanza. Aquel hombre no tenía el corazón engullido por la codicia o por cumplir las exigencias de las normas injustas. En casos similares, se había llevado a los zorros a zoológicos cercanos para que fueran una nueva atracción. No merecía ni estar en cautiverio ni volver a ser capturado. Frente a eso, no resistió en tomar la decisión que guiaba su corazón. Decidió arriesgarse. Lo cargó y lo llevó a escondidas, envuelto en casacas. Lo subió a su vehículo y lo recostó en la parte trasera donde le dio de comer y beber.

El hombre condujo hacia otra zona del desierto en la que no había campamentos. Una parte de la ruta se hizo en el vehículo, pero después de tres horas, no había más que realizarlo a pie. Con el inclemente sol quemando sobre su cabeza, sostuvo en brazos al zorro. No dejó de caminar mientras miraba a los ojos al animal que ya se dejaba acariciar. Lo abrazaba y sentía su miedo, pero no entendía que lo estaba protegiendo. Había pasado más de una hora de caminata y sólo divisaba arena.

Lo puso en el suelo, cortó las sogas que lo mantenían atado y lo dejó libre. El zorro corrió velozmente y se adentró en las dunas. El vigilante sabía que podía perder su trabajo por esa hazaña, incluso cuando pesaba más el saber que ahora aquel animal estaba en un nuevo hogar.

...

El zorro costeño era libre. Decidió quedarse quieto, sintiendo la brisa del viento alborotar su pelaje. Recordaba, agradecido, el modo en que había llegado hasta ese lugar. Ahora tocaba trabajar, debía armar pronto una madriguera. Escarbó con agilidad y se refugió en su nueva covacha. Durmió tan profundo por la travesía, que soñó estar en el territorio donde creció y estuvo toda su vida. Ahora sólo eran recuerdos. Ya de día, encontró comida cerca: huarangos. ¡Podría aplacar su hambre! Al subir y bajar de los árboles, sus pequeñas patitas dejaban huellas que incluían las semillas de la frondosa especie. Como todo en la naturaleza, por la sabiduría del equilibrio, se producirían más alimentos y se reforestaba el desierto para nuevas jaurías.

...

Con su magnífica vista de zorro, atisbó a más de los suyos. Aunque eran animales solitarios, se sentía complacido de ver uno o dos iguales a él. Continuó explorando. No era el sitio que hubiera deseado, pero con la ayuda del buen humano halló un hogar fuera del alcance de amenazas.

...

De tiempo en tiempo, aquel joven vigilante iba a buscar al zorro. No logró verlo otra vez. Sabía que era rápido y sigiloso. Aun así, la energía que lo llevó a la aventura de liberarlo se repetía en cada visita. Se sintió bien por haberlo ayudado.

*Seguiremos viendo un zorro costeño
y la energía del desierto reforestar sus huellas.*

**CUANDO SE PIERDE
LA VERGÜENZA,
EL ORGULLO ENRAÍZA**

Layde Medrano

CUANDO SE PIERDE LA VERGÜENZA, EL ORGULLO ENRAÍZA

En esta tierra árida nos hicimos muchos. Somos de padres inmigrantes que provienen de varias zonas de nuestro país.

Said tuvo una infancia feliz. La madre era quechuahablante, transmitía las historias de su pueblo para mantener las costumbres en casa. No le faltaba el sombrero y una falda de corte A engalanaba su vestimenta. Su esposo, Qorilazo, era un ser valiente cuyos padres no estuvieron desde su niñez, ya que fue separado de Cusco a la muerte de la madre y luego entregado a familiares en Lima. A pesar de su trágica historia personal, se convirtió en un hombre de bien y un orgulloso reciclador.

...

Said y sus hermanos esperaban a su padre todos los días en la esquina de la casa. Lo recibían entusiasmados, porque casi siempre traía objetos diferentes. Era divertido enterarse lo que había encontrado entre la basura durante el día. En algunas ocasiones eran juguetes con partes incompletas; en otras, relojes, libros, todos usados, desde luego, pero para Said eran tesoros. Los lavaban con especial cuidado y quedaban listos para usarse de nuevo. Con la madre aprendían palabras en quechua. Said había agarrado afecto a su apodo de cariño, “Pilpintu”, por lo frágil y delicada que parecía. Cantaba y encantaba con esa herencia cultural viva que escuchaba y veía diariamente. Fue un círculo virtuoso durante lo que pudo compartir con su familia.

En la adolescencia, Said empezó a experimentar inseguridades propias de la etapa: estar cerca de sus padres o hablar de ellos frente a los amigos le causaba temor debido a que podían descubrir quiénes eran en realidad.

Un día de invierno, Said estaba saliendo del colegio, cuando vio a su madre en el portón de ingreso. Había querido sorprenderla, tal vez. Sólo pensó en esconderse para que no la vieran junto a ella, pero ya era tarde, su madre llamaba mucho la atención y sus compañeros se habían enterado que era hija de aquella mujer de provincia. A continuación, Said salió y atinó a refutarla duramente: ¡¿Porque viniste?! exclamó, enojada, y se alejó corriendo. La madre agachó la mirada, no quiso responder, no entendía qué había pasado. Había deseado acompañarla ese día, ya que pudo salir más temprano del trabajo.

En la noche, la mamá conversó con su esposo, quien también, de tanto en tanto, había sido despreciado por las cosas que traía. *No es la misma*, concluyeron. Said continuaba con actitud grotesca, entendieron que se trataba de una etapa difícil y que lo superaría. Al amanecer y sin ningún mea culpa, Said partió hacia el colegio. Como era de esperarse, sus compañeros estaban listos para burlarse con insultos y más cosas sin sentido. Se sintió muy frágil y pensó en regresar a casa. Dentro del grupo estaba Brigith, quien, a diferencia de los demás, brindó apoyo a Said y la sacó del centro de las burlas. Un horrible sinsabor quedó en Said ese día y sólo recordaba con rencor a su madre.

...

Transcurrieron algunos años. Said ya estaba por acabar el colegio. Para ella era importante el viaje de promoción. Se hizo lo posible, aunque las condiciones económicas no permitieron cumplir ese sueño. El premio consuelo fue un viaje familiar, al cual accedió a regañadientes.

Ese viaje era el retorno al pueblo de sus padres.

...

Recorrer las carreteras tan estrechas, contemplando embelesada desde amaneceres hasta atardeceres brillantes, le removía el corazón. Fue un viaje agotador en el que un gran tramo aún se recorría en camión. Miraba la inmensidad de llanuras verdes y pendientes montañosas. Pasaron por debajo de un riachuelo que caía con total salvajismo desde lo alto de una cima. Era una ducha natural que hacía la aventura más entrañable para los viajeros. Para Said fue aleccionador. Llegar al pueblo, ver trajes de flores y sombreros coloridos en varias mujeres y ¡recordar que había sentido vergüenza!

La tradición de las fiestas y rituales a la tierra estaban muy vigentes. Aprendió a disfrutar desde la ofrenda al compadre, al zorro andino por cuidar los campos, la fiesta del Tikapallana en la que se admiraba la belleza de unas flores que crecían entre la nieve, hasta el pago a la tierra por las nuevas cosechas.

Said formaba parte del legado de los pueblos originarios que casi no había oído que existían. Eran quienes preservaban el amor y respeto hacia la Naturaleza.

Gracias a esa travesía, su visión de la vida cambió.

...

Más adelante también fue lugar de explotación debido a la llegada de los mineros. Comenzaron los atentados al ecosistema, a los saberes ancestrales, a la conexión que tenían con la Naturaleza, rompiendo toda la cosmovisión que se había mantenido por siglos.

Era momento de unir a las generaciones, tus hijos y los míos, para dar voz a esa enorme fuerza que emana de los pueblos originarios.

ALREDEDOR DE MÍ

Milagros Quispe

Milagros Quispe Vila

(Lima, Perú)

Ilustradora y comunicadora visual, especializada en diseño editorial con enfoque en temas ambientales, sociales, culturales y de género. Activista ambiental. Fundadora de Imagraphic (estudio de diseño gráfico) y creadora de “Maquis”, un proyecto personal de agendas y cuadernos en material ecoamigable. Ha tenido proyectos con los que aprende y se inspira continuamente, como el libro de tradición oral *Eseha Echikiana Esoiho* para el Ministerio de Cultura, las historias visuales para el Banco Mundial y MOCICC y la ilustración de la cubierta del libro *Kutimusaq y otras ecoficciones* de la editorial Búho Eléctrico. Hace poco empezó a escribir y publicar poesía, una herramienta más para expresarse, contar historias y hacer activismo.

ALREDEDOR DE MÍ

Al buscar un documento entre los cajones de mi escritorio, encontré el álbum de fotos familiar y me animé a echar un vistazo. Las páginas estaban amarillentas, algo pegoteadas y, cuando intenté separarlas, cayó al suelo una de las fotos que, al parecer, había quedado suelta.

Era una imagen de recuerdo muy especial en pleno día de sol. Posa contenta mi familia en el jardín que luce colorido, diverso y algo salvaje. Allí están mis padres, mis tres hermanos, mi abuelita de parte de mamá y también aparezco yo de niña, sosteniendo en brazos al todavía cachorro Cocoa, el primer perro que adoptamos en la casa.

Me quedé contemplando la foto un buen rato y es inevitable traer a mi memoria más recuerdos y experiencias de aquella época, en la que ahora caigo en la cuenta, porque casi no tengo fotos, y quizás por ello mi mente algo distraída decide, de forma inconsciente, dejarse llevar.

*Sabias hojas verdes de coca
quiero escarbar el tiempo con una pala,
llegar hasta lo más hondo.
Labrar la tierra de mis raíces,
dejar que la lluvia
riegue la aridez.
Ojalá pueda saborear la tierra miel de abeja,
oler la fragancia de mis ancestros de maca
que los gusanos se llevaron.*

*Díganme, ¿podré encontrar mis raíces, las semillas y sus frutos?
En mis sueños aparecen.
Logro tejerlas y guardarlas en una lliclla de arcoíris
que se abre como una papita amarilla
sancochada, rica y calentita.
Así no tengo el estómago vacío
y me sostengo durante el viaje...*

...

Mis padres migrantes huancaínos y quechuahablantes, como muchos, llegaron a la capital desde muy jóvenes para trabajar y ayudar a sus familias. Se conocieron cuando tenían poco más de treinta años, se casaron y al poco tiempo nació mi hermano mayor. A los dos años nació mi segunda hermana; la tercera, dos años después; y mi nacimiento completó la familia de cuatro hijos luego de diez años.

La casita en la que mis padres nos criaron quedaba en el distrito de San Luis, frente al Parque Pavayacu. A la espalda se ubicaba la avenida Circunvalación y, al frente, cruzando la pista, quedaba el conocido Mercado de Frutas, uno de los abastecedores de alimentos más grandes de Lima, en el distrito de La Victoria.

La parte más bonita que tenía la casa era, sin duda, el jardín, que, además, era productivo. Teníamos una planta de plátano de seda, enredaderas de maracuyá, caigua, calabacita china y también choclos que crecían siempre fuertes y de buen tamaño. Aquí todo cuanto se sembraba se cosechaba. Aunque no era mucho, se destinaba para el consumo familiar; como se dice, los alimentos “iban de la chacra a la olla”, pero en nuestro caso iban del jardín a la olla y a nuestra mesa. Los choclos se convertían en humitas saladas y dulces, con el maracuyá preparábamos ricos refrescos, con la calabacita y la caigua mamá preparaba unos guisos y saltados que eran para chuparse los dedos. Además, teníamos llantén, ortiga, toronjil y sábila, que servían de medicina natural y para los mates calientes. Había también flores decorativas como rosas, claveles, margaritas y amarillis, una planta de bulbo de flores rojas con forma de trompeta, que robaba sendas miradas porque era una de las flores más bellas del jardín. Era increíble cuánta diversidad se podía encontrar en este pequeño espacio.

Si lo más llamativo de la casa era el jardín, mi lugar favorito era el segundo piso, que más bien era un techo muy singular al que se llegaba por medio de una rústica escalera de madera. Papá lo había conseguido en la cachina a buen precio. A ese techo acudí muchas veces y se podría decir que era multifuncional.

Por ejemplo, mi amiga y yo habíamos creado un sistema muy interesante de visitas de mejores amigas. Ella vivía en la casa contigua y podía ir a mi casa sin cruzar la puerta de la calle; de la misma manera, yo lo podía hacer en viceversa. El truco era simple y consistía en brincar el muro al fondo del techo que conectaba con su casa, lo cual era realmente gracioso porque jugábamos a las escondidas, yendo yo a su casa y ella a la mía. Nuestras mamás solían renegar y otras veces reían, nos buscaban y llamaban desde ese muro. Aprovechaba la vista al Parque Pavayacu para saber si mis amigas y amigos ya habían salido a jugar con la pelota, las escondidas, saltar la sogá, yaces, etc. Era frecuente también ver a los perros a nuestro lado, parecían niños saltando por todos lados.

Aun así, el parque del barrio ofrecía también otras atracciones. Había arbustos de hojas verdes dentadas en el borde, con flores rojas colgantes. Su forma era similar a rosas enrolladas, un tanto alargadas, conocidas comúnmente como hibisco dormilón, pero les decíamos flores chupetín. El néctar atraía a hermosos picaflores que pululaban por la zona, sobre todo atraía a los niños que encontraban placer al extraer la dulce sustancia. Para lograrlo, primero arrancaban la flor que florecía todo el año, luego la succionaban o chupaban como si fuera un chupetín de caramelo, y quizás en parte, por esa razón, cada vez era más raro atisbar picaflores.

...

Tiempo después, recordando a la planta, tuve curiosidad de averiguar un poco más sobre el hibisco dormilón y ahora que vivimos tiempos extremos de cambio climático, es necesario que sepamos que es una planta noble que se adapta con facilidad a cualquier clima, incluso son resistentes a la sequía y tienen maravillosas propiedades medicinales, por lo que son usadas como antiinflamatorios naturales que alivian los problemas del sistema nervioso, entre otras afecciones.

Para mí, arrancar la flor chupetín no era nada agradable, por eso nunca probé el ansiado néctar. Me enojaba cuando veía cómo los niños maltrataban la planta y tiraban las flores al suelo como si fueran basura. También me molestaba, e incluso sufría, al observar el modo en que algunos chicos de otros barrios se divertían cruelmente haciendo competencia de puntería, tirando piedras con sus hondas de jebe a los inocentes gorriones, tortolitas y cuculíes, que eran blancos de sus agresiones y que, por el duro golpe, caían muertos o tiritaban de dolor hasta morir. En esa época pensaba: *Ojalá pudiera tener el carácter suficiente para enfrentarme a esos chicos y llamarles la atención.*

Sin embargo, surgió un aliado inesperado.

En esa época todavía era una niña pequeña, pero mi perro Cocoa ya no era un cachorro, había ganado peso y tamaño. Andábamos de aquí para allá, comunicándonos con tan sólo mirarnos e incluso cuando me olía seguro que sabía más de mí que yo misma. Entonces, de alguna manera, Cocoa había notado mi fastidio y decidió actuar con un plan tan ingenioso como gracioso para ahuyentar a los niños.

Cuando los veía pasar con sus hondas, Cocoa los dejaba avanzar un tramo y luego él los seguía de manera sigilosa por detrás hasta cierto punto y cuando estaba a unos veinte centímetros de ellos, les tocaba con su hocico el trasero, emitía un fuerte ladrido y los correteaba. Además, lograba con mucha destreza bajarles el pantalón hasta la altura de las rodillas, descubriendo sus pequeñas pompas hasta avergonzarlos. No paraba de reír a carcajadas, viendo cómo tropezaban y se alejaban asustados a toda carrera, sosteniendo los pantalones como podían.

...

Adoraba el canto de los pajaritos, oírlos al amanecer o atardecer era hermoso y agradable; no podía comprender cómo era posible que se tuviera una actitud tan cruel con los animales.

El Parque Pavayacu también tenía una especial belleza gracias a los frondosos y altos árboles de tipa de hojas verde claro y flores amarillas. Entre diciembre y enero me quedaba contemplando la salida del sol y, al filtrarse la luz, las ramas brillaban y resplandecían con un tono dorado. Las flores amarillas que brotaban en cantidad como abundantes palomitas de maíz terminaban vistiendo la vereda y el pasto con una alfombra de flores, listas para dar la bienvenida al Año Nuevo. Me daba mucha alegría verlos florecer.

...

Un detalle importante: en el techo había animales de corral que andaban libres. Conejos de varios colores, gallinas con sus pollitos y un gallo colorado que me daba mucho miedo después de que me pateara más de una vez. Sólo podía estar tranquila mientras el gallo no me veía.

Mamá siempre decía que la carne de los animales de corral estaría rica y los huevos siempre tienen la yema bien amarillita cuando comen lo más natural y saludable posible. En lugar de botar los restos orgánicos que quedaban de la comida y fueran basura maloliente, mi madre, inteligente e intuitiva, separaba los restos de verduras en una bolsa, los picaba en trozos medianos y, junto con el maíz, elaboraba un alimento fortificado para los animales, y las heces de los conejos eran abono para la tierra. Sin embargo, al encariñarme y ver crecer a los conejos, siempre me abstuve de probar su carne.

Mi papá, de metro y medio de estatura, era el hombre más fuerte que conocí. Acostumbraba a levantarse temprano para aprovechar el día y las oportunidades. Iba al Mercado a comprar un cajón o varios de frutas de la estación y los cargaba como si nada sobre sus hombros. Decía que cada estación tenía sus frutas y aunque hubiera una que nos gustara mucho, debíamos saber esperar. Como buen padre, nos enseñaba lo que en sus años había aprendido, y una de las cosas que sabía hacer, además de trabajar en su oficio de gasfitero y electricista de modo

formidable, era comprar una buena fruta y, al igual que mamá, nos daba sus recomendaciones para obtener una rica carne y nos explicaba que teníamos que ver el color de la fruta, el grosor de la cáscara y oler con los ojos cerrados para que su aroma llegara sutil y profundo. Era un trome comprando pescado y mariscos frescos y para eso salía casi al amanecer al terminal pesquero de Villa María.

...

Vivir a pasos del Mercado de Frutas tenía su lado negativo. En los alrededores sobresalía mucha gente que andaba en medio de un concentrado tráfico de camiones de los que se descargaban los productos; buses y colectivos viejos, oxidados, alimentados de combustibles fósiles, impregnados del humo negro que expulsaban.

Recuerdo haber tenido problemas de tos por un buen tiempo y solía con frecuencia ir a la posta médica El Pino, ubicada a pocas cuadras de mi casa. Allí observaba impactada las casi interminables colas de gente principalmente vulnerable como niños y ancianos, quienes esperaban en el pasillo, la mayoría por problemas en los pulmones. En mi caso, sólo tuve una tos persistente y, con buena alimentación, me recuperé pronto, pero muchos no tenían esa posibilidad.

La temperatura en esta zona es más caliente; el cielo, más gris. La exorbitante cantidad de basura y desmonte que se arrojan en la vía pública es de nunca acabar. El mal olor que expiden las frutas podridas se expande por el aire y llega junto con la basura que se acumula en la esquina de mi casa y en mi puerta. Por más que se recoja y limpie todos los días, al poco rato retorna al mismo lugar.

...

El Parque Pavayacu tiene ahora nuevos visitantes: borrachos y hampones. Aprovechan los árboles y arbustos para esconderse, fingen descansar, acorralan y sorprenden a sus víctimas. La seguridad ciudadana peligra y, para evitar más robos, la junta directiva toma la decisión de

sacar los arbustos, las flores chupetín, los árboles de higo y otras especies de plantas.

Finalmente, cierran con rejas el parque. En poco tiempo luce como un zoológico enjaulado, descuidado y casi sin vida. Ya nadie entra, salvo los gatos abandonados. La basura no está amontonada en la esquina, pero el hedor sigue apoderándose del ambiente y, pese a eso, llegan bolsas sucias a la entrada de mi casa.

Pienso en silencio. Necesitamos un futuro más limpio y sano pronto.

EL BOSQUE TALADO

Claudia Daga

EL BOSQUE TALADO

Por ese entonces nos aterraba la idea de que ellos podrían destruir nuestras casas. Cuando preguntaba, la única explicación que me daban era que estaban demasiado viejos y que, de pronto, podían caerse.

«¿No es mejor talarlos a todos para que no caiga ninguno?».

«¿Y sus raíces? ¿Es que sólo los árboles de este bosque que invadimos no las tienen?».

«No, no, sí tienen, pero son muy añejos. Se van a caer».

No recuerdo otra justificación, ese era el único motivo. Ahora que soy adulto, lo entiendo, aquello fue descabellado.

La cuestión era que esos árboles estaban allí antes que nosotros y don Ernesto había dicho que fueron plantados para que comieran el humo de la fábrica. No debimos venir aquí, también lo estábamos comiendo.

«¿A dónde hubiéramos ido? Ya no hay espacio. El cerro es todavía más peligroso, por lo menos acá está plano y hay una pequeña acequia».

«Pero ni la acequia ni los árboles son nuestros». «No estoy de acuerdo. No se van a caer».

«Ayer se cayó uno, era pequeño. Si hubiera sido grande, la casa de doña Chía ya no existiría. Además, usted ya pasó los ochenta, no vota, ¡no vota!».

Lamentarse ya no tenía sentido. Aunque observar este vacío, descuidado y sucio lugar me ha generado emociones indescriptibles. La tristeza y el dolor no sólo se sentían en el alma culpable, también han pasado a mi cabeza, y de pronto recordé a mi padre. Sí, él lo dijo, él tenía razón.

Claudia Daga Salazar

(Trujillo, Perú)

Estudió Derecho en la Universidad Nacional de Trujillo. Ha participado en voluntariados dedicados a la acción e investigación socioambiental. Forma parte de la Comisión Ambiental Juvenil del MINAM. Le agrada la Naturaleza y transmitir emociones por medio de las palabras.

«¿De quién fue la idea? ¿Del Pablo? Él no sabe nada, él piensa en tomar. ¿Por qué lo eligieron? ¡Todavía es presidente! ¡Y vendido, encima! No, no, nada, nada».

«Don Israel, usted habla así porque no está a cinco metros de los árboles. Cuánto le aseguro que si su choza estuviera aquí sería el primero que alentaría a que todos votaran a favor».

«Señora Chío, ¿cómo se va a caer el árbol? ¡Alguien lo cortó!».

Estoy seguro de que alguien se pudo oponer. De hecho, lo hicieron, pero la mayor cantidad de votos ganaba, y ganaron. Se talaron más de cien buenos árboles. Encontraron culebras, lechuzas, arañas, grillos, bichos de todo tipo, uno que otro zorrillo y otras cosas innombrables. Y se acabó.

Al final, todos huimos porque nadie toleraba el humo ni la ceniza, mucho menos la polvareda. Ni los nuevos invasores pudieron construir sobre esa tierra que parecía odiarlos.

Oh, qué pena. Sí, qué pena. Sólo quedaron tocones.

Por eso regresé.

Don Ernesto dijo que el bosque nunca perdonará que lo hayan asesinado. «Somos unos ingratos y el espíritu no volverá a crecer aquí ni dejará que sobre él exista alguien más». Don Ernesto también mencionó que, pese a todo, el bosque disfrutaba de nosotros, de la bulla y para él, todos los días, desde que invadimos y nos convertimos en vecinos, lo poníamos contento.

Don Ernesto siempre coqueaba, ahora no sé si creerle.

¡Créele! ¡Créelo! Fue el más sabio de los chamanes. Al morir, dijeron que aparecieron unas hojas de algarrobo al lado de su cama. Era el bosque despidiéndose de su gran amigo que lo defendió hasta su último día.

Oh, qué lástima. Sí, qué lástima.

PARIAS DEL NORTE

César Sánchez

En el umbral del desierto costero del norte el bosque seco se alza como un oasis de firmeza. Entre las dunas y la arena, los algarrobos se levantan majestuosos, sus troncos retorcidos desafiando el sol implacable. Junto a ellos, arbustos nativos, unos lisos y otros con hojas espinosas, desafían la aridez y la brisa salina del mar. Dicha brisa, como mensajera del océano cercano, susurra antiguos secretos entre las hojas, mientras las aves danzan en el cielo, sus cantos llenando el aire con vida y libertad.

Sin embargo, un cambio insidioso está en marcha. La agroexportación se cierne sobre el equilibrio, reemplazando la tenacidad de la naturaleza con cultivos de espárragos y caña de azúcar que alteran irrevocablemente el ecosistema. El lamento silente de las especies, que paulatinamente desaparecen, se mezcla con el viento, mientras el pulso de la vida y la belleza cede paso a un dilema más sombrío. En este paisaje de persistencia y pérdida, el bosque seco y el desierto convergen, tejiendo una narrativa ambivalente de supervivencia y cambio irremediable, pero a la vez brindando protección a formas de vida que se despliegan de maneras sutiles y resilientes.

Noviembre se desvanecía y, en ese crepúsculo anaranjado, la conciencia de la cruda realidad no podía ser ignorada por un par de sus habitantes.

—Finaliza el mes y sabes que no es una buena época para ser cañán —insinuaba Cuiz con voz queda, como un lamento del viento entre los pocos árboles del bosque seco de Virú.

—Nunca es una buena época para ser cañán —exclamaba Suyana, con la mirada cargada de preocupación. Apartó los ojos de las tierras y respondió con una certeza amarga en sus palabras, como si llevara el peso de siglos de desafíos y penurias.

César Sánchez Narváez

(Trujillo, Perú)

Antropólogo por la Universidad Nacional de Trujillo (UNT) y con una maestría en Administración y Gestión del Desarrollo Humano. Participa como activista en el Movimiento Ciudadano frente al Cambio Climático (MOCICC) y está acreditado en el territorio nacional como promotor en educación para la protección de los derechos humanos. Le interesa el activismo social y el enfoque centrado en el abordaje de desafíos sociales y medioambientales basados en la evidencia.

Ambas voces resignadas se fundieron con el eco del entorno, un coro melancólico que marcaba el latido de la Tierra y el destino de quienes habitaban en su seno. El sol, testigo mudo, se sumergía en el horizonte, la oscuridad ascendía y traía consigo una quietud que se unía con la noche y sus enigmas.

...

Llegaba la festividad anual al pueblo de Virú, en el sur de la región La Libertad. A pesar de los esfuerzos mancomunados de los ministerios de agricultura, cultura y salud, organizaciones ambientales y gobiernos locales, una tradición profundamente arraigada persistía en un vaivén etéreo. Esta costumbre, cuyos orígenes se desvanecían en la bruma de la memoria, reaparecían de algún rincón olvidado. Los cañanes, melancólicos, evocaban en sus relatos un trato ancestral, una alianza con el señor Ñancempinco.

La era precolombina había sido un crisol de tiempos y seres. En esos días remotos, un pacto había sido sellado, lo que disipaba el miedo primitivo, latía el rastro de un acuerdo que, producto de la domesticación de animales como fuente de proteína adecuada para los humanos, llevó a la progresiva disminución de la caza de los cañanes, lo que les otorgaba la tranquilidad de existir en su hábitat sin temor.

...

En el presente, un cruce de rumbos fatales se manifestaba con claridad. La devastación gradual de su algarrobal, desplazado por la arremetida agroexportadora de las últimas décadas, y la celebración de una festividad paradójica, que, ironía tras ironía, honraba su nombre mientras les infringía un dolor profundo, se unían para engendrar una de las etapas más desafiantes del año.

La insistencia por sostener una tradición de consumo de cañán aún en contra de la prohibición se enlazaba con la sed de un turismo local que seguía la corriente fordista. Los foráneos pagaban por inmortalizar

su paso con selfies al lado de platos que encendían corazones digitales, platos que se convertían en lienzos de exotismo, a la vez que los cuerpos inanimados de los cañanes eran fritos o asados en una danza macabra entre la salmonelosis y la contaminación cruzada.

La escena, como una puñalada en lo más hondo de sus almas, se repetía cuando los ojos divisaban las ferias en el centro. Los suspiros y risas de burla impregnaban el aire, los participantes se regodeaban en la efímera creación de momentos inmortalizados por las cámaras, incluso cuando el sabor y la sustancia se esfumaran en la niebla de la gratificación visual.

...

En muchas instancias, los banquetes sólo servían como utilería para fotografías, un aciago reflejo de cómo parece que, en este mundo, el dolor humano era lo único que importaba.

—¿En qué rincón del tiempo se extravió la perspectiva biocéntrica de la que Minchancamán habló a nuestros ancestros? —cuestionó Suyana, su voz formando una trama de inquietud y melancolía en el aire.

Pausa.

—Desde aquel entonces que fue llevado al sur, todo comenzó a cambiar —se respondió luego.

—Debemos emprender nuestro camino desde aquí. Nuestros huevos están al borde de la eclosión y no podemos arriesgarnos a ser cazados como simples “festines desechables”—aseveró Cuiz con un instinto que clamaba por la supervivencia.

—Es lo correcto —asintió Suyana.

...

Al amanecer siguiente, el horizonte les llamó a la partida. Un sendero hacia el norte era un lienzo sin fin. Las palabras de otros cañanes eran sus guías y sugerían que la cuenca baja del río Chicama podría

ofrecerles refugio. Cual exiliados, Cuiz y Suyana, bajo el ardiente sol del mediodía, empaquetaron sus esperanzas en diminutos bolsos confeccionados a partir de hojas de un árbol nativo y, cuidadosamente resguardados, los futuros latidos de vida en forma de diminutos huevos, símbolos de la esperanza que renacía con cada paso que daban.

Llevaban el susurro de la brisa del desierto y el eco lejano del río.

...

A lo largo de la travesía hacia el Valle de Chicama, no sin antes reverenciar al imponente Campana, a quien le hicieron saber el coraje que sólo los desterrados conocían, el anhelo de un hogar seguro y la incertidumbre de lo desconocido, los ojos de los parias brillaban con la osadía de quienes eligen su destino. En sus bolsos, además de provisiones, escondían tesoros de la antigua vida: un fragmento de roca pulida como herencia, una pluma de colibrí abandonada y los recuerdos que se convertirían en leyendas en las noches de luna llena.

—El camino es arduo, pero estas patas son aún veloces —exclamó Cuiz.

Suyana, en busca de un nuevo comienzo, exploró con ojos curiosos y un corazón rebosante de sueños. Hallaron un rincón en la cálida arena de las pampas de Chocope, donde depositaron con cuidado los huevos. Con cada grano de arena que acariciaba los bolsos de hojas, sentían que estaban construyendo no sólo un nido, sino también un hogar en el que la promesa del mañana tomaría forma. Así, entre la brisa salina y el suave rumor del viento, comenzaron a tejer los hilos de su destino: la arena sería el refugio y los huevos, el latido constante de la esperanza, como el significado del nombre Suyana.

...

Aún llenos de temor de recorrer su nuevo hogar, entablaron una inusual amistad con un ave, cuya sombra inicialmente les espantaba, ya que pensaban que podían ser presas de sus medianas garras. Cuando

lo vieron demostrar su inofensiva naturaleza, abrieron sus corazones y compartieron su historia: habían huido de la implacable caza en Virú, buscando desesperadamente un nuevo hogar y, en estas tierras desconocidas del Valle de Chicama, dieron con un refugio. Su nuevo amigo emplumado era el Copetón Rufo. No tiene nombre en realidad, pero había adoptado el apodo de “Copetón Rufo”, que había captado de los humanos, un rótulo que había asumido como propio. Rufo no es el único, hay otros, aunque cada vez son menos. A Rufo sus padres le contaron que más al norte, en una región llamada Tumbes, tenían una familia más numerosa, algo similar a “Rufolandia”. En una ocasión, mientras escapaba de las piedras lanzadas con hondas por niños y adolescentes de la zona, que competían por tener la mejor puntería, Rufo se lesionó; por desgracia, la herida minó la capacidad de sus alas para emprender vuelos largos o cubrir vastas distancias y no pudo ver a esa familia numerosa. Quedó relegado a la vez que añoraba la unión perdida.

—De todas maneras, el Valle de Chicama alberga muchas cosas entretenidas —les mencionó.

El buen copetón Rufo revelaba con trinos melodiosos la situación del valle.

—Hay árboles, quedan pocos, muy pocos y muy viejos algarrobos. Junto a ellos, los chilalos, sus fieles custodios, han emprendido un viaje del que aún no retornan —dijo Rufo.

De hecho, sus abuelos le contaron que los cambiaron por otro árbol, uno cuyo aroma era un matiz de menta y pino. Cuando estás cerca, los sentidos despiertan con su frescura y vitalidad, como si el bosque mismo compartiera su aliento rejuvenecedor. Pero su llegada desplazó a los nativos: los zapotes, el tumbo, los huarangos y hasta el humilde tomatillo silvestre, siempre tan presente, pero ahora cada vez más ausente. Este árbol crecía rápido, pues los humanos lo habían empleado para sus labores agrícolas expansivas.

—Un nuevo lago nació en Garrapón hace casi un docenio y poco más —exclamaba emocionado Rufo—, pero sus padres fueron de metal y su nacimiento segó la vida de criaturas que habían habitado los cerros de Chocope, Casa Grande y Paiján por milenios —se encogía.

Esa época fue desastrosa, narraban los viejos zorros, y los pocos añaz de la zona desde entonces habían decidido no ser tan visibles. Los apus fueron dinamitados, los bosques secos arrasados por las llamas. Hasta las pobres y no muy queridas sancarrancas en la arena perecieron.

—Prefiero no recordar esas imágenes—dijo Rufo—. Eso sí, tenemos el mar a veinte minutos volando, bueno, una hora caminando —hacía referencia a sus terrestres amigos; los tres rieron como antiguos cómplices.

Sus aliados emplumados, los pelícanos, siempre se presentaban. Aunque hubo una temporada funesta, reciente en el tiempo, temida por las aves. La abuela de Rufo la llamaba “Pluma Frenética”, nombre sombrío que aludía a una dolencia mortal para ellos.

Quizá se deba a la contaminación ambiental a escala global o porque el agua está cada vez más caliente. Bajo el sol escarlata, los pelícanos y otras aves guaneras alzan sus alas al viento, soñando en silencio con enfriar el océano con el frescor secreto que guardan entre sus plumas.

—¡Oh, no! No todo está tan bien como se los quiero hacer ver —suspiró Rufo.

—Vivimos algo así en el sur ahora—comentó Cuiz.

Cuiz, Suyana y Rufo se sumieron en un silencio profundo, cada uno en su propia reflexión. Sus mentes se alzaban como hojas llevadas por las brisas de la preocupación, sopesando el cambio en el clima y la inexorable devastación de sus moradas.

—Tranquilos —dijo Suyana—, pues tengo la certeza de que más allá de los campos de caña y la poca arena que hoy cubren nuestras vistas, existen seres que tejen pensamientos para nuestro bienestar, entrelazando sus esfuerzos en un vínculo inseparable entre ellos y nosotros. En ocasiones anhelo con vehemencia el don de la comunicación transespecie para poder ir y compartirles los susurros del viento y los secretos de nuestras almas.

En la arena se percibían ligeros movimientos, la vida en la adversidad se daba paso. Y la nueva familia de parias desvelados por la vida comprendía que pronto enfrentaría nuevos peligros. Esta vez, de repente, en una aventura que retara las fronteras del cielo y las escamas terrenales.

YAKU LIBRE

Andrea Angles

Andrea Angles Arenas

(Lima, Perú)

Magíster en Gobierno y Políticas Públicas por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Abogada, activista y gestora ambiental. En 2010 empezó a escribir cuentos y poesía. Es cofundadora de los colectivos culturales Alienáutica (Cusco, 2010), Días Circulares (Lima, 2017-2018) y Verbo Húmedo (Lima, 2019-2020). Ha desarrollado eventos culturales en diferentes provincias del Perú y ha participado como poeta en recitales y festivales de poesía. Actualmente, se encuentra escribiendo su primera novela.

Justo ese lunes tenía que levantarme tarde. Tragué el desayuno mientras corría al paradero y, cual mono *maquisapa*, me colgué del bus, intentando no atorarme. Avancé apretado entre mochilas escolares y blandas panzas. Casi nada interesante pasaba en el camino de cuarenta minutos al trabajo, pero ese lunes en particular el conductor sintonizaba de forma desenfrenada la radio, pasando por todos los géneros musicales característicos de la mañana hasta llegar al noticiero matutino local: *Expertos advierten que la región se quedará sin agua a finales del año. Se recomienda hacer un uso racionado y consciente del agua potable.*

Sentí como si mis oídos fuesen atravesados por un cuchillo. En tan sólo seis meses podríamos quedarnos sin agua. En casa ya era difícil utilizarla, llegaba por horas y casi nunca en los horarios que más se necesitaba. Noté entonces un miedo silencioso que cubrió a todas las personas que viajaban conmigo: nadie hablaba. “Baja paradero”, exclamé, quebrando el hielo. La noticia me tenía desconcentrado y bajé un paradero anterior al que debía.

...

Ya en la municipalidad, al ingresar en mi oficina, todos los abogados se ponían al tanto del clásico que se había librado la noche anterior. Bromas e insultos. Ninguno parecía preocupado por las noticias. ¿La habrían escuchado?

—Buenos días, doctitos.

—Hola, calichín, llegas tarde. ¿Se te pegaron las sábanas? — preguntó el doctor Morón con ese bigote ochentero mientras tomaba la que, calculo, sería su tercera taza de café.

—Cómo cree, jefe, bajé en un paradero equivocado y tuve que caminar de más.

—Bueno bueno. A trabajar, que esos documentos no se registran solos.

—A la orden —pero con la ansiedad de la cercana sequía, no dejaba de pensar en mi madre. —Jefe, ¿escuchó la noticia sobre la sequía?

—¿Qué noticia? ¿Qué sequía?

—Al parecer tendremos sequía a fin de año, incluso han recomendado que racionemos el agua. Lo acabo de escuchar en el bus.

—¡Demonios! Seguro el alcalde llamará a una de esas estúpidas reuniones eternas en la que nos matarán de hambre.

—...

...

Estuve contando las horas para volver y ver a mi madre. Cada vez que el teléfono de la oficina sonaba, apuntaba con la mirada de un francotirador para descifrar el mensaje al otro lado de la bocina, mas la ansiada llamada del alcalde nunca llegó. Ni siquiera a las cinco de la tarde, cuando todos empezaban a apagar sus equipos y colgarse los sacos, la hora en la que solían atenderse este tipo de temas álgidos y con alta carga política. Por supuesto, yo también me puse la casaca y la lonchera para iniciar el retorno a casa.

Todos los miércoles y sábados a las 6:15 a. m. se encendían los aspersores que reverdecían los amplios jardines urbanos. Como parte de su plan de gobierno, el alcalde prometió cambiar la cara a la ciudad. Miramar, el corazón verde del sur, fue el slogan que usó en campaña. Apenas asumió como autoridad, cargó con todos los árboles y plantas nativas para poner césped americano, árboles extranjeros y flores exóticas traídas desde los rincones más alejados del globo.

En efecto, todo estaba diferente, ya no había la amplia sombra de los abuelos árboles, pero sí un verde que brillaba con el sol. Letreros de *NO PISAR* en cada parque y jardín prohibían a las personas disfrutar

de los cambios paisajísticos, pese a que los impuestos municipales se elevaban. El alcalde logró sus titulares, reportajes y entrevistas. Se halagaba de cómo había “mejorado” el paisaje de la ciudad y empezaba a atraer la atención de otros gobiernos locales para replicar el proyecto en otras zonas del país.

El alcalde no podía estar más contento.

...

Desde las colinas, en su amplia casa de trescientos metros cuadrados, el alcalde admiraba su logro. Creó una ciudad a la imagen y semejanza del *status* que añoraba desde siempre. Vivir en la ciudad de las flores.

—¿Coñac, Pantoja? —el ingeniero Ramírez ofrecía un vaso octagonal con mirada cómplice al célebre alcalde de la ciudad de las flores.

—Por supuesto, gracias, hermano.

—Ahora sí vivimos en una ciudad digna de nuestros zapatos. Sin tierra y polvo, sin esos vagos estirados en los parques —con la sonrisa torcida de orgullo, Ramírez celebraba el logro conjunto.

—Todo sea por la vista, hermano —sonreía también el alcalde.

Estallaron en carcajadas palmeando sus espaldas. Un negocio redondo y perfectamente publicitado. Nadie chistó cuando removieron los árboles de más de doscientos años con su fauna incluida. Nadie se interesó por saber de dónde salían tantas plantas exóticas que morían a los tres meses y se reemplazaban sin demora. Ni los aspersores automáticos ni las interrupciones que causaban los cortes de agua en los barrios menos atendidos por los gobiernos de turno causaron algún tipo de reclamo.

La gente de las colinas, que no superaba el 20 % de la población, no sintió los cambios como alarmantes. Contaban con sus propios tanques de reserva de agua potable, sistemas de purificación instalados a pie de caño, las piscinas siempre estaban llenas, listas para el chapuzón y los aspersores eran considerados vitales para que la ciudad se actualizara tecnológicamente.

Muy diferente eran las cosas en el barrio de Eugenio. Hacía un año y medio que habían empezaron los cortes de agua. Primero, los anunciaban, siempre en los barrios más deprimidos en lo económico, sin mayor explicación que el rótulo de *Actividades de mantenimiento*. Luego, llegaron las olas de calor. Sin los árboles nativos, la temperatura viró y perdieron el característico frío del ande. Sólo contaban con cinco horas de agua potable: dos en la mañana y en la tarde, una hora en la noche. A diez kilómetros, el agua ya no llegaba. Se había creado un mercado negro que vendía agua al peso, de procedencia dudosa, y que dejaba un sabor metalizado en la boca. Nadie sabía cómo era gestionada, pero la compraban por necesidad.

Cuando vi a mi madre no estaba seguro si alarmarla con la noticia. Ya teníamos suficiente con la falta de agua para preparar su dieta blanda. Con sus setenta y tres años encima, no podía hacer mucho más que abrumarse con la novedad. Después de cenar, verifiqué que tomara sus pastillas: para la arritmia, las que apaciguan la artritis de sus manos y las que calman sus nervios para que durmiera sin dolor. Tras acostarla, salí a la canchita del barrio. Ya estaban reunidos mis patas: Miguelón, Darcy, Cucho y, la nueva adición a la mancha, Carola.

—¡Eeeeesa! Justo llegaste para la última chela —Darcy me ofrendaba la última lata con empaque plástico y todo.

—¿Qué fue, Eugenio? ¿Qué nuevo loco y caro plan tienen en la muni para cagarnos la vida?

—¡Ninguno, compare! ¿Puedes creerlo? ¿Escucharon que a fin de año nos quedamos sin agua? En la muni nadie dijo nada al respecto.

—Sí, oye, estaba pensando llenar baldes, pero con tanto mosco y muertos por dengue no estoy segura si sería para mejor o peor —Carola descargaba su frustración contra su lata vacía hasta convertirla en un desgarbado disco de aluminio.

—No importa cuántos baldes llenes, sin ayuda de la muni no será una solución permanente.

Miguelón ocultaba su desencajo tras sus manos entrelazadas cual cadenas de condenado. Una pegajosa inquietud nos cubría: ¿qué más podíamos hacer?

—No parecen estar interesados en un plan. Mejor hacemos uno nosotros —dijo Cucho

¿Tendría razón Cucho? En la municipalidad nadie parecía alertado por la inminente sequía. Había pasado ya mucho tiempo en silencio y la situación tendía a empeorar. El pánico se enarbolaba de a pocos en las casitas de esteras, adobe y calamina. Una preocupación más. Con los zapatos empolvados, rumeaba la frase de Cucho en mi cabeza. Hacer un plan nosotros mismos.

El día en la oficina avanzaba lento y calmado, así que decidimos salir temprano a almorzar. Encontramos la mejor mesa, la del medio, frente al televisor de cuarenta y cinco pulgadas, y nos sentamos de forma ceremoniosa. El doctor Morón desplegaba su enorme presencia a la mitad de la mesa, con los ojos atentos de todo el equipo legal a su cargo, listos para atender a cualquier capricho de último minuto. Sus voces llenaban el local entero. No paraban de hablar, mas lo que decían comprendía tan poca calidad para mi día a día, que prefería concentrarme en mi chaufa de pollo. Un tenedor empezó a blandirse acusando al televisor. Se hizo el silencio en la mesa y pude interceptar la noticia. El alcalde, quien salía del evento ambiental más importante de la región, era cuestionado en vivo sobre lo que vendría antes de la sequía.

—Tenemos un plan de mantenimiento de las áreas verdes, no se preocupen, nada cambiará. Todo se encuentra previsto en el plan de riego.

—Señor alcalde, ¿cuál es el plan para el abastecimiento de agua potable? El 80 % de la población ya sufre de escasez hídrica. ¿Cuál es la propuesta desde la municipalidad para esta gran mayoría?

—No desesperemos, el agua potable no faltará.

—Los residentes de la colina nunca han tenido problemas con el agua y un plan de riego sólo beneficia en temas paisajísticos. ¿Considera que es el uso más ético del recurso en tiempos de sequía?

—Mmmm, tengo que llegar pronto a mi siguiente reunión. Discúlpenme, me retiraré.

Si el alcalde hubiese tenido una mochila propulsora, hubiera salido volando como villano. Rápidamente fue conducido a su camioneta 4 x 4 por sus agentes de seguridad, mientras los periodistas le seguían cayendo con más preguntas incómodas.

En el restaurante empezaban a hervir los murmullos, a borboteos se oía la indignación de las personas. El doctor Morón hizo rechinar su silla y todos lo imitamos. Dejamos los platos a medio comer y salimos a la municipalidad.

Cucho estuvo indagando en la empresa administradora del servicio de agua potable mediante toda la mano de obra y técnica a la que pudo ubicar, perseguir y comprometer por información. Era necesario conocer el escenario más realista sobre la sequía. Se hizo de mapas y datos para entender desde dónde venía el agua y cómo era que no llegaba a toda la población. La meticulosa investigación de Cucho llegó a la quebrada al norte de la ciudad. Sobre esta, que cada año reducía su caudal peligrosamente, se encontraba una represa poco o nada promocionada por el gobierno de turno. Los planos mostraban compartimentos nada usuales y con diferentes tamaños. Sólo un pequeño compartimento permitía el transcurrir de la quebrada. Ahí estaba el punto clave de nuestro plan.

El siguiente paso era reclutar a la resistencia. Sabíamos que muchos de los adultos ya tenían demasiados problemas, la situación había recrudecido la calidad de vida de las personas, peor aún en los enfermos y abuelos. Los niños no podían participar por el riesgo de un enfrentamiento. Se convocaría a jóvenes mayores de veintiún años dispuestos a recuperar el agua que tanto tiempo nos habían robado. En dos semanas, ya éramos cientos.

...

Luego de extensas reuniones y clases de defensa propia, nos dividimos en tres grupos. Escalamos la quebrada a media noche, dispuestos a morir por el agua, y picamos con todas nuestras fuerzas las paredes que separaban los compartimentos de la represa. Mientras tanto, otro equipo con conocimiento más técnico cerraba y sellaba todas las salidas de agua que no dieran a la quebrada. El tercer equipo se encontraba estratégicamente posicionado para detectar algún movimiento cercano que representara alguna amenaza la culminación del plan. Teníamos tres a cuatro horas para acabar con esto y volver a casa.

Como se sabe, ningún plan, por más organizado que fuese, se cumple como tal. Primero fueron los perros, que aullaban desde las casas de la colina, las más cercanas a la represa. Tras eso, las luces que, de vez en cuando, iluminaban las casas más grandes jamás vistas por nuestros jóvenes ojos. Finalmente, las bocinas de las patrullas de la seguridad municipal, matones a pago de las familias más adineradas de la ciudad.

...

Tenía que funcionar, sólo faltaba crear la grieta para que el agua acumulada cediera y se volcara de nuevo en la quebrada. Yaku, el espíritu del agua en movimiento, se encargaría del resto. Yaku misma destrozaría esa cárcel de cemento diseñada para matarnos con lentitud. Estábamos seguros de que Yaku entendía el plan.

...

La explanada empezó a resonar con los más variados trinos de pájaros silvestres, señales del acercamiento de los matones disfrazados de servidores públicos. Llegó el momento de resistir. Todos sabíamos nuestras posiciones, mas no qué esperar.

No podíamos retroceder, ya casi estaba hecho. Cucho se encontraba a cargo del grupo de defensa y nos mantenía motivados a pesar de que nadie iba a desertar.

Los superábamos en número, debíamos continuar con la estrategia y acorralarlos contra las paredes de la represa. Carola y su impecable memoria nos tenía atentos.

¡Sin agua, moriremos!

¡Agua o muerte! ¡Agua o muerte! ¡Agua o muerte! El coro bravío se perdía entre los ladridos de perros y el chillar de sirenas azules.

Llegó el momento de liberar a Yaku y estábamos dispuestos a dar la vida por ella.



Poesía

PLUMAS EN EL AIRE

Carmela Gamarra

**Carmela
Gamarra
Zegarra**
(Trujillo, Perú)

Artista trujillana conectada profundamente con la Naturaleza, poesía, pintura, actuación y diversas manifestaciones artísticas. Su obra es una búsqueda constante de expresión y belleza que llama a la reflexión y la acción en busca de un mundo en equilibrio. Es también autodidacta y una empresaria que promueve prácticas sostenibles y éticas, con lo que demuestra que la creatividad y el respeto por el ambiente pueden converger de modo armonioso.

PLUMAS EN EL AIRE

Con los ojos aún cerrados escucho, a lo lejos,
los cantos en el viento que me hacen recordar
como si aún estuviera en donde llamaba hogar;
el aire es más frío, los ecos aturden.

Qué difícil encontrar en medio de esta ciudad,
en sus albores, un silbido, un búho a la medianoche.
¡Cómo extraño mi lugar!

Albor de impurezas
que aturdes mis sentidos,
¿dónde está mi hogar?

Mis amigos aprisionados y yo en una celda quedé,
con mi pico despojo mis plumas al viento
y las echo al aire a volar,
a ver si llegan, nuevamente,
a donde llamé hogar.

POEMAS

Martín Córdova

Martín Córdova Bran

(Piura, Perú)

Nació en Huancabamba, provincia de la sierra de Piura, en 1985. Estudió periodismo en la Universidad Nacional de Piura. Dirige el blog periodístico cultural “La acción escrita”, en el que publica artículos sobre temas de coyuntura y entrevistas. Asimismo, colabora desde 2007 en la Revista “Semana” del Diario *El Tiempo* de Piura. Perteneció al grupo literario “Plazuela de Merino” de Piura y la Asociación Cultural Sicanni. Poemas suyos han sido publicados en las revistas literarias *Plazuela Merino*, *Siete vientos*, *Pensamiento Profano*, *Granizo Lunar* y *Piel de Kamaleón*. Publicó los libros de poesía *Arquitectura y Destrucción del arcoíris* (2015) y *Ese pájaro ardiente* (2022). Ha realizado diferentes conferencias sobre periodismo y literatura tales como “El ángulo de la noticia y el periodismo de hoy” (2016), “Nuevos horizontes del periodismo desde una perspectiva crítica decolonial” (2018), entre otros.

POEMAS

1

Amanecer que deshoja la voluntad de ser.
El fuego y la luz,
trazo extendido,
que sigue el sendero del agua.
La selva respira para que la vida comience;
y comienza y despunta
y aunque amenace con llover
y todo el cielo semeje lo perdido,
no se crea, no se piense
que la hora es una fragua
hecha para el fogón del tragaluz.
Sube *Etsa*¹ o gira la tierra como un renacer
de lo que manda voluntad del *Ajutap/Arutap*².
Bosque para ser pintado de color y de latido,
florece el ancho río que en su cauce mece
el cuerpo la risa besos de garúa,
fulgor que me sorprende aliento de ser
o no ser lo que se pretende y se perpetúa.

¹ Deidad masculina (sol) para las naciones awajún y wampis. Esta deidad salvó a su pueblo del antropófago Ajaim, que exterminaba a la gente.

² Ajutap (awajún), Arutap (wampis). Espíritus poderosos y eternos de los antepasados awajún y wampis.

Amanece,
en el campo el trigo la espiga crece,
el algodonal como un botón no percutido,
el árbol de la pomarrosa como inacabado caperuz.
Desde el cielo llueve la mañana que es pregunta,
porque todo incierto es por merecer
la vida su constante creación y es percance
y es brisa que corola coros de ángelus,
crepúsculos imantados, cabeceos de peque peque o piragua
como un manso refluo de lo que ha sido
a lo que será, verbo del día que se junta
al milagro del viento, al pecado de ser lo que acontece.
El día amanece, amanece el ser
que es todos los seres, el dulce sonido.
Ícaros que emergen en el grito calmo del agua³
y abre los ojos la selva para que la vida comience.

³ Los íkaros (icaros o ícaros), llamados “besho” en su lengua, tienen una presencia fundamental en el universo cultural del pueblo shipibo-konibo-xetebo. Son cantos de carácter sagrado, cuyo propósito, por lo general, es la sanación.

2

Un canto por el *Tajimat/Tarimat Pujut*⁴,
un canto bajo tu lengua en la entraña misma de la selva madre
en la cima telúrica de las montañas que son un solo cuerpo
un canto bajo la piel de cada río enamorado y quebrantado en ti
un canto hecho eco en la serpiente, el puma y el cóndor
y en ti, Nugkui⁵, madre de todas las Núwa⁶,
a quienes diste también el canto y todos los frutos de la tierra.
Un canto por la tierra, poderoso árbol del que somos fruto.

⁴ Tajimat Pujut (awajún), Tarimat pujut (wampis). Para las naciones awajún y wampis significa “buen vivir/vida plena y un relacionamiento.

⁵ En la cosmovisión awajún/wampis, Nùgkui vive y salió de la profundidad de la Tierra. Creó todas las plantas comestibles como yuca, maní, plátano y sachapapa, y enseñó su preparación. También enseñó ánen (icaro) para la buena producción en los huertos y chacras.

⁶ Mujer.

RUTA A LA CIUDAD

Gloria Alvitres

Gloria Alvitres Aliaga

(Lima, Perú)

Publicó el libro *Canción y vuelo de Santosa* (Alastor, 1992). Poemas suyos han sido publicados en la antología de poetas mujeres de la revista *Ínsula Barataria* (Lima, 2017), en la antología *Liberoamericanas: 140 poetas contemporáneas* de la editorial Liberoamérica (España, 2018) y en *Árboles sobre el desierto. Eco poesía escrita por mujeres* (Perú, 2023) de Búho Eléctrico. Ha sido coordinadora de la Feria Alternativa del Libro ANTIFIL. También ha publicado en medios como Animal Político, Vice News, Convoca y Mongabay Latam. Sus trabajos periodísticos versan sobre temas de memoria, ambiente, feminismo.

RUTA A LA CIUDAD

Semilla de manantial
naciste entre rocas *cristáneas*
vas forjando la ruta
trazando el camino con pincel;
te alojas en el cerro
abrigada con los wamanis
te despiertas
a tiempo para cargar piedras
y seguir bajando de la altura
hasta el Valle del Mantaro
cargando agüita;
shaz shaz shaz
saltando entre montes
hasta crecer como catarata
cantando para los pajaritos
que mojan sus alas
¡carajo!

has encontrado un barro amarillo
relaves y mercurio
te enfermas o peor
vas convirtiéndote en un ser amorfo
que no tiene nombre ni lugar
wakcha en tu propia tierra
vas comiéndote bolsas y botellas
que tienen el sabor azucarado
de la impaciencia y el insomnio;
es más, ya no comes,
ahora tragas todo lo que encuentras
como un agujero negro en el camino;
tragas personas y animales
nada detiene la marcha a la ciudad
ni siquiera las manos del hombre
ni los rezos a los cielos y la virgen;
rabiando vas a la ciudad grande
la vas a tomar completa
como era el mismo sueño
de José María Arguedas
por eso eres huayco feroz
huayco marrón, mezclado con la tierra
comiéndote casas y avenidas
¡Ayayay!

Malvado huayco color arcilla
que no conoce la piedad
dicen los que miran de lejos
y nosotrxs sabemos que eres tú
cristal de cristales, hija del nevado
que va caminando descalza
con los ojos de fuego
chancándote la cabeza
porque has visto al Rímac mudo
ahogado en un líquido amarillo pus;
ese, tu hermano altivo,
que regaba la costa y hablaba con Pachacamac;
en estos tiempos, el Rímac no tiene voz
lo han tapado con desmonte,
con trapos, con heces, con animales muertos;
a veces se vuelve verde o rojizo
nadie dice nada, se amarran la lengua
se tapan la nariz
han hecho un muro
un puente, han puesto cemento
le hacen una tumba de a poquitos
ya no lo miran las estrellas del sur
ni la yacana baja con su wawa
para tomar sus aguas;

sólo estas tú, su hermana
feroz convertida en huayco
en aluvión, en desborde
molesta como el Huallallo;
agria, vas gritando en el camino
y te confunden con un fenómeno natural
sales en las noticias
eres la protagonista del caos
un monstruo o una maldición
¡carajo!
ya no importa
estás reclamando, pidiendo auxilio
eres agua, pero pareces animal herido.







Voces de resistencia reúne cuentos y poemas en los que sobresalen diversos frentes del activismo ambiental. Historias que no se dejan llevar por la distopía, aunque ya vivimos el colapso climático. Pese a eso, en pleno mundo en llamas, queda espacio para las oportunidades.

La travesía para llevar lo que posiblemente serían los últimos huevos de cañán a un refugio en los bosques secos al norte de Perú, el dilema de un humano de liberar o no a un zorro costeño que buscaba alimento en el desierto, el rol de los árboles en relación con la sabiduría ancestral de una comunidad en tiempos de incesante deforestación, animales que cuestionan sus realidades oprimidas y encerradas, los secretos y recuerdos de la infancia que cambian con el tiempo y el clima, o el desafío al status quo político y social de un territorio que enfrentará una inminente sequía.

Los personajes y escenarios que se plantean no se quedan en silencio, más bien se mueven, exclaman y denuncian, critican la relación vertical con la Naturaleza al ir más allá de los cuerpos y actitudes: son significados eco-culturales de los modos de comprender(nos) en los caminos que imaginamos. Son respuestas a las tiranías antropocentristas que aprietan la Tierra hasta dejarla en la emergencia y ante la que se luchará por la transformación ecosocial y el devenir-con animal, humano y naturaleza.